

la niñez. ¡Que vuelvan los tiempos de la expansión y la alegría, de los regocijos infantiles y la tranquila dicha! Dejen nuestras jóvenes de ser señoritas en las primeras horas de la mañana y vuelvan á ser niñas: vayan á los paseos, rían, corran y derramen á su derredor miradas y sonrisas.—De este modo agregarán atractivos y darán mayor encanto á las mañanas de Abril y Mayo.



PÍO IX.

Escrito el 21 de Febrero
de 1878.

I

SE ha confirmado la noticia de la muerte de Su Santidad el Sr. Pío IX; y las señales de duelo dadas estos días por la sociedad mexicana, no son, en mi sentir, simples demostraciones de pesar, hijas del vivo sentimiento religioso que reina entre nosotros; sino que son también claros testimonios del amor que aquí se tenía al varón justo y de alma fuerte sentado en la silla de Pedro; al anciano venerable cuya vida se deslizaba en medio de amarguras y tristezas íntimas, por más que todo estuviese suavizado por las dulzuras de la virtud, y los celestiales consuelos de la resignación. ¡Ah! ¿por qué era tan interesante para la humanidad aquel hombre cargado de años que gemía tristemente allá en las soledades del Vaticano? ¿Qué tenía de más para la mayor parte de los hombres aquel rey destronado, á quien sin embargo todos los soberanos atendían y respetaban?

ban?—La profunda veneracion con que veían á Pío IX todos los pueblos, se ha convertido á su muerte en un verdadero y glorioso triunfo: los católicos le miran ya como á un santo, los enemigos de la Iglesia confiesan y ensalzan sus virtudes, los partidos políticos no niegan la habilidad que tenía para dirigir espinosas negociaciones diplomáticas, y todos, en suma, lamentan hoy la muerte del Pontífice augusto que durante treinta y un años rigió los destinos del catolicismo.

Pío IX, mientras vivió, fué admirado y respetado, como dije ántes, no sólo por su altísimo carácter, sino tambien por las ricas prendas de su corazon y la desgracia que le aquejó en los últimos años de su vida. Hoy, pues, ante la tumba que se ha abierto para recibirle, imposible es permanecer indiferente y frío; imposible es callar, detenido por pueriles y vanos escrúpulos.—Yo voy á decir dos palabras acerca de la vida ejemplar de Pío IX, destinada sin duda á ser bendecida por la historia.

Es este Pontífice la figura más extraordinaria de nuestro tiempo, el carácter más admirable y enérgico, la virtud más valerosa, mansa y suave al mismo tiempo, que ha luchado con el error en el siglo XIX. Hoy no se le conoce todavía, ni es tampoco tiempo de juzgarle; porque así como los hombres raquíuticos aparecen de no escaso valer en los tiempos en que viven y en la escena en que figuran, así tambien los verdaderamente grandes aparecen pequeños en las crónicas contemporáneas, y necesitan que la polvareda de los siglos caídos se disipe, para

que su figura se destaque grandiosa en los horizontes de la historia. Un hombre notable no puede ni debe ser juzgado, sino cuando el tiempo lo ha alejado de sus contemporáneos.

Pío IX luchó, luchó desde los primeros años de su pontificado, y su vida fué laboriosa como pocas. Jefe supremo de la Iglesia Católica, atendió con esmero sumo al cumplimiento de sus deberes: ilustraba las conciencias y las dirigía; condenaba enérgicamente los errores del siglo y las exageracions de los partidos; despertaba la fé en las almas abatidas; alentaba su esperanza; encendía en ellas fervorosa piedad, y era, en una palabra, para todos los católicos, maestro y padre celoso, de cuyos labios salían sin cesar palabras de enseñanza y de consuelo.—Siendo simple ministro del altar, obispo y arzobispo, le vemos en las poblaciones donde reside dedicado á hacer el bien, á aliviar las necesidades del infortunio y la orfandad, á servir al pobre y á velar por el desamparado; todo con una humildad y una abnegacion verdaderamente evangélicas.

Ya en el Pontificado, el obispo de Imola pudo realzar de una manera asombrosa las dotes de que le había adornado el cielo. No parece sino que este hombre extraordinario recibió de Dios en aquellos momentos nuevas y especiales mercedes, y que vió en el porvenir la grandiosa y difícil mision que estaba llamado á desempeñar. Su eleccion fué providencial, como todos saben; pues habiendo otros candidatos más favorecidos, los votos todos del Cónclave recayeron en él.—Planteó desde luego una política

diversa en todo de la que había seguido su antecesor, y Europa quedó pendiente de los actos más pequeños del nuevo Papa. La mansedumbre y dulzura de su corazón le inclinaron á la benevolencia, con gran sorpresa de los que deseaban y esperaban actos de energía, siendo la más notable é importante de sus primeras decisiones un decreto de amnistía general. Puso después en manos de seculares los principales cargos del gobierno, áun los municipales y de hacienda; reformó las congregaciones religiosas; arregló de un modo eficaz el tesoro público y formó la guardia cívica.—Empero, pronto conoció Pío IX que su avanzada administración traería conflictos á la Iglesia. Los *carbonarios* renacieron á la vida revolucionaria, alentados por la tolerancia del gobierno pontificio, y comenzaron luego las exigencias y los desórdenes: en las calles, plazas y tabernas, el pueblo bajo recibía fatal enseñanza y ejemplo de los sectarios de Mazzini. Los crímenes más espantosos eran frecuentes, el gobierno hallaba obstáculos para reprimir y castigar á los delincuentes, se había roto todo freno en Roma, y una tempestad tremenda amenazaba la paz del sosegado recinto del Quirinal. El ministro Rossi cayó asesinado al pié de las gradas del Congreso, y poco después un populacho infame quiso imponer al Santo Padre su despótica voluntad. Rodearon su palacio, quisieron obligarle á nombrar nuevo ministerio (el que les convenía) y áun intentaron asesinarle llamándole al balcón.

Triunfó al fin la revolucion; y el Papa, aconsejado por los ministros extranjeros, consintió

en lo que se le pedía, “únicamente para impedir mayor derramamiento de sangre,”—según dijo él mismo en presencia de aquellos. Salió de Roma disfrazado y pasó á Gaeta, hasta que nuevos acontecimientos le abrieron las puertas de la ciudad eterna.—Sabido es de todos el cambio absoluto que se operó desde entónces en el ánimo y gobierno de Pío IX. No fué ya el Pontífice benévolo y complaciente con sus enemigos: fué, sí, el adversario poderoso y terrible que contestaba á sus ataques con energía y severidad. Dictaba medidas extremas, y nada ni nadie podía ya suavizarlas: sus disposiciones eran acatadas y obedecidas; sus relaciones con las potencias extranjeras hallaban firme base en la dignidad y respeto á la Iglesia; y todos los actos de su gobierno tenían cierto sello de grandeza que asombraba á Europa. Ni falaces promesas, ni amenazas, ni combinaciones diplomáticas, lograban desviarle del camino que seguía y que siguió hasta su muerte. Fué para los gobiernos europeos roca indestructible en la cual se hacían pedazos innobles exigencias y pasiones exaltadas: ¡nadie le venció jamás! Y hé aquí precisamente la mayor gloria de Pío IX: haber cumplido con su deber en una época en que pocos le cumplen, y en que todos, y en especial los Pontífices romanos, hallan obstáculos insuperables para cumplirle. El célebre Capefigue decía en 1848: “En el pontificado de Pío IX hay hasta hoy un hecho constante y que nada ha desmentido: *ningun gobierno ha logrado tener influencia en las decisiones del Papa.* Pío IX ha resuelto siempre espontáneamente lo que ha

querido." * Esto mismo puede repetirse hoy despues de treinta años en que Pío IX continuó enseñando al mundo la verdad desde la cátedra de Roma. Los sucesos, los intereses de la Iglesia, el mayor bienestar y salud del mundo católico: hé aquí lo único que influía en la conducta del Pontífice difunto, y lo único que podía cambiar ó modificar su voluntad.

II

Por lo demás, la vida de Pío IX abunda en episodios interesantísimos y hermosos, conmovedores muchos de ellos, y que dan á conocer sus altas cualidades y la belleza de su alma. Sus dotes de eminente hombre de Estado, la prudencia y energía de su gobierno, la habilidad con que dirigió las negociaciones diplomáticas en tiempos azarosos para la Iglesia, y sobre todo, la amorosa solicitud de que dió siempre pruebas á los católicos, hacen del Pontífice que acaba de morir una figura extraordinaria y grandiosa, amable y simpática, que será recordada con ternura por todo corazón creyente. ¿Quién no amará y respetará su memoria? ¿Quién se atreverá á negar sus virtudes? ¿En qué pecho no cabrá el entusiasmo al recordar ciertos actos de su vida?—Convocó un Concilio, y el Concilio se reunió, precisamente cuando Europa se veía envuelta en una guerra, la amenazaban espantosas catástrofes, y Roma iba á quedar abandonada por el ejército que la protegía. ¿No es

(*) *Diplomáticos y Hombres de Estado europeos.*

este solo hecho, testimonio elocuentísimo de la fortaleza de Pío IX?—La historia de su pontificado será por esto un modelo para los sucesores de San Pedro; de hoy en más, todos querrán luchar como él luchó, y en los días de prueba para el catolicismo, los Pontífices se inspirarán en sus decisiones y se animarán con su recuerdo.

Cupo al Sr. Pío IX la gloria imperecedera de declarar solemnemente, el día ocho de Diciembre de 1854, el Dogma de la Inmaculada Concepcion de María, por lo cual algunos le han llamado el *Pontífice de la Inmaculada*.

En su vida privada, Pío IX cautivaba por la sencillez y modestia de sus actos, por la dulzura de su trato y la afabilidad de sus maneras: jamás se negaba á recibir á los que le pedían audiencia, jamás su corazón dejaba de conmoverse tiernamente á la vista de los infortunios privados. En su alma noble y generosa hallaban siempre dulce abrigo las tribulaciones de los reyes y de los pobres, de los pecadores y de los huérfanos. Y la doncella inocente, el hijo infortunado, el jóven artista, rico de aspiraciones y esperanzas, pero pobre de recursos, á él acudían tambien en su pobreza y desamparo, seguros de recibir de sus manos apoyo y bendiciones. ¿Cuántos le deben una buena posición, un triunfo artístico, una celebridad europea! ¿A cuántos talentos sacó de la oscuridad y los puso bajo su proteccion, para que fuesen más tarde valiosos ornamentos de la literatura y de las artes!—La más dulce benevolencia leíase claramente en los apacibles ojos de Pío IX, y en sus miradas había cierta expresion de angélica bea-

titud que cautivaba el espíritu: diríase que una luz del cielo iluminaba el rostro venerable del anciano, y cuando hablaba, era imposible dejar de conmoverse, sin que pudiese despues olvidarse la suavísima música de su voz.

¿Será Pío IX el último Papa, como algunos se han atrevido á decir? Imposible de todo punto. No olvidemos que á fines del siglo pasado se aseguró repetidas veces que “el cristianismo había muerto, que el Papa sería en lo sucesivo una palabra y que la Roma pontificia vendría á ser una ruina.”—La institucion del Papado, áun cuando se prescinda de su origen divino, tiene que ser eterna; porque ella es necesaria para la marcha, progreso y bienestar de la humanidad. Así como es absurdo suponer que una sociedad, una nacion, pueden subsistir sin gobierno alguno, así es error creer que una religion que domina el mundo esté sin jefe. El imperio de los Papas es indudablemente más fuerte y poderoso que los de muchos monarcas respetables por su fuerza: domina las almas y las conciencias, y dominio es este más universal que otro alguno. Por esto las potencias del orbe están atentas á las decisiones de los Pontífices; y es esto tan cierto, que, como observaba un notable escritor francés, del Soberano Pontífice depende muchas veces la paz de toda Europa. “Porque la verdad es—decía Copefigue—que el catolicismo es la fuente de todo poder, de toda civilizacion; porque en su espíritu se contienen los grandes principios de una sociedad bien constituida: la fé, la autoridad, la libertad.”



LEON XIII.

Escrito al saberse en
México la eleccion
del nuevo Pontífice.

I

TIENE ya nuevo Jeraarca la Iglesia Católica.—Varios gobiernos europeos, desde que Víctor Manuel tomó posesion del Quirinal é instaló su gobierno en Roma, se propusieron intervenir directamente en los asuntos del Pontificado, destruir con su influencia la importancia de sus decisiones, inspirar en los pueblos la desconfianza, y nulificar, en una palabra, la obediencia ciega y el amor inmenso con que todo el orbe católico veía los trabajos del inmortal Pontífice Pío IX. Pero por fortuna, su prevision y su prudencia, la sabiduría y fortaleza de su alma, destruyeron hábilmente las combinaciones diplomáticas mejor preparadas y las ambiciones políticas de los partidos europeos. En vano preparó Bismarck sus trabajos con anticipacion á fin de obtener en el Cónclave que había de elegir al sucesor de Pío IX una influencia decisiva y poderosa; en vano puso en juego toda

su sagacidad política, su intervencion en los principales asuntos de Europa, su habilidad reconocida para subordinarlo todo á los intereses de Alemania. Pío IX le venció con su palabra serena y confiada, con su sábia y admirable prevision.—Y hé aquí por qué uno de los despachos del último paquete nos anuncia que la *política alemana en el Cónclave sería de no intervencion y de indiferencia absoluta*. ¡El ministro que derribó el primer imperio de Europa no pudo turbar siquiera la eleccion de un nuevo Papa! . . . ¡Bendita sea la Providencia que así humilla el orgullo de los hombres! . . .

II

Los tiempos por que atraviesa la Iglesia Católica son difíciles: son tiempos de dolorosas pruebas.—Ahora que Víctor Manuel ya no existe y que le ha sucedido en el trono un príncipe sin experiencia y sin dotes para gobernar; ahora que Rusia triunfa de Turquía y amenaza á toda Europa con hacerse la nacion más poderosa del Continente, ¿qué días se preparan para el cristianismo, qué nuevas luchas va á sostener el Pontificado, á qué desconocidas pruebas va á verse sometido?

Lo cierto es que, sean cuales fueren los acontecimientos que estén por venir, en ninguno dejará de tomar parte, en ninguno dejará de ejercer benéfica influencia el gobierno pontificio. El sentimiento religioso en todas las naciones es siempre el mismo, está vivo, domina á los hombres, y no es posible prescindir de él siem-

pre que se trate de desenlazar conflictos internacionales y resolver cuestiones sociales y políticas. La paz del orbe, las alianzas de amistad entre diversas potencias, el progreso y mejoramiento de la humanidad; todo depende y dependerá siempre del Sumo Pontífice Romano. Porque solo él puede dirigir por buen sendero el sentimiento religioso de los pueblos, tan indispensable para su bienestar y tan necesitado tambien de ser atendido por todos los gobiernos; sólo él vela constantemente, y está atento, y se sacrifica por la paz y felicidad del mundo.—Léanse, en confirmacion de esta verdad, las palabras de un escritor ilustre que habla apoyándose en la historia: “Cuando se hizo preciso libertar á la Europa del yugo de los sarracenos, un Papa tomó la iniciativa; y cuando fué preciso tambien abolir la esclavitud, restablecer la disciplina, hacer respetar á las mujeres sentadas en el trono, así como la unidad y santidad del matrimonio, sólo un Papa tuvo el valor de alzar la voz. Y por último, cuando se trató de arrojar á los turcos de Europa, de proteger á Grecia, de salvar la libertad, de hacer renacer las artes y las letras, de conservar las espléndidas ruinas de la antigüedad, ¿quién, sino un Papa, tomó tambien la iniciativa?”

No desconfiemos, pues, en estos supremos instantes, de que la Iglesia Católica salga vencedora en la nueva época de luchas que para ella va á comenzar. Dios, que inspiró al virtuoso y sabio Pío IX, dirigirá tambien los pasos de su sucesor.

III

Hé aquí ahora algunos datos biográficos de Su Santidad Leon XIII, ántes Cardenal Joaquin Pecci, á quien el Cónclave eligió para gobernar la barquilla de San Pedro.

Nació el actual Pontífice en Carpineto, poblacion perteneciente á los antiguos Estados de la Iglesia, el 2 de Marzo de 1810.—Cuenta ahora, por lo mismo, sesenta y ocho años de edad (en 1878).

En sus estudios hechos en el Colegio Romano dió claros testimonios de precocidad y de talento, sintiéndose inclinado desde luego á la carrera eclesiástica, para lo cual comenzó los cursos de teología. Recibió las sagradas órdenes al poco tiempo; y Gregorio XVI, que tenía el don especial de conocer á primera vista el mérito de las personas que le eran presentadas, acogió benévolamente al nuevo eclesiástico, dispensándole grande estimacion y nombrándole despues empleado del Palacio Pontificio. En seguida recibió el cargo de secretario de ambas asignaturas.

Mostraba el Sr. Pecci en el desempeño de sus obligaciones tan extraordinarias dotes, tal madurez de juicio, tanto saber y aptitud para gobernar un pueblo, que el Sumo Pontífice le confirió el título de Protonotario Apostólico, enviándole sucesivamente como delegado suyo á Benevento, Spoleto y Perusa. La prudencia y moderacion, unidas á la conducta ejemplar y maneras finísimas que caracterizaban al Sr. Pecci,

le hicieron inmediatamente acreedor al cariño, respeto y simpatías de cuantos le trataban y conocían. Su popularidad era notable, sobre todo desde que logró á fuerza de celo y asiduidad desterrar de la provincia de Benevento á los innumerables bandidos que la asediaban.—Cuéntase que en cierta ocasion los rudos trabajos á que se entregó le postraron en el lecho del dolor, con gran peligro de perder la vida; y que el clero y el pueblo se alarmaron tanto, que se hicieron rogativas públicas por su restablecimiento, yendo los fieles al templo con los pies descalzos y con velo en la cabeza. Tanto y tan profundo era el cariño que le tenían.

A su vuelta á Roma, en premio de sus servicios y celo apostólico, Gregorio XVI le preconizó arzobispo de Damieta en Egipto; y en el mismo año, cuando sólo contaba treinta y tres de edad, fué enviado como Nuncio Apostólico cerca de Leopoldo I, rey de los belgas. Allí el Sr. Pecci se hizo merecedor, como siempre, de la estimacion y respeto cariñosos de toda la Corte y círculos sociales. El monarca tenía por él singular predileccion; le consultaba muchas veces, demostrando placer en hacerlo; y le prodigaba, en fin, á cada momento, todo género de atenciones. Por desgracia, el clima de Bélgica y los muchos cuidados que exigía su importante mision, alteraron de tal manera su salud, que fué preciso que solicitara del gobierno pontificio su sustitucion. Se le concedió; y á su regreso á Roma, los habitantes de Perusa pidieron al Papa que nombrase al Sr. Pecci sucesor del prelado Filesio, obispo de dicha poblacion, muer-

to por entónces. Gregorio XVI, justo remunerador del mérito, y apreciador de los eminentes servicios que había prestado á la Iglesia el Nuncio, no solo le preconizó en el consistorio de 16 de Enero de 1846 obispo de Perusa, trasladándolo así de la silla arzobispal de Damietta, sino que lo creó Cardenal, reservándole *in petto*.—Muerto el Pontífice en Junio del mismo año, no hubo tiempo de que publicase su elevacion á la dignidad cardenalicia; pero Su Santidad el Sr. Pío IX “dió el raro ejemplo de crearlo y proclamarlo, en el Consistorio de 9 de Diciembre de 1853, Cardenal del órden de los presbíteros, bajo el título de San Crisóstomo, asignándole las congregaciones del Concilio, de la Inmunidad, de Ritos y de Disciplina regular.”

Desde entónces, el Sr. Pecci se retiró á su diócesis, en donde cumplió siempre con la mayor prudencia y sabiduría los deberes de un Pastor previsor y celoso. Su virtud; su ardiente, viva y sincera piedad, eran un constante ejemplo para todos: la caridad y vigilancia que ejercía eran notables, no agotándose ni debilitándose nunca. En sus decretos, edictos y pastorales brillaba siempre la más profunda sabiduría, al mismo tiempo que la mansedumbre, moderacion y suavidad de carácter.

Llamado á la ciudad eterna por Su Santidad el Sr. Pío IX, nombróle poco despues de su llegada, en el Consistorio de 21 de Octubre del año de 1877, Cardenal Camarlengo, distinguiéndole con otras demostraciones de alta estimacion. Su nombramiento fué uno de los más justos y acertados del Papa, y mereció la aprobacion

general.—De los cardenales que había en Roma durante la enfermedad de S. S. Pío IX, y atendiendo al carácter y antecedentes de cada uno de ellos, no era fácil suponer quién sería electo por unanimidad, *presente cadavere*, sucesor del Papa: pero, segun parece, los candidatos principales eran: el cardenal Simeoni, Secretario de Estado; Di Pietro, De Luca, Mertel y Nina. Como se ve, es digno de notarse que el cardenal Pecci era quien tenía ménos probabilidades de suceder á Pío IX; y sabido es que en la eleccion de este Pontífice sucedió lo mismo: nadie esperaba que el Cónclave nombrase al Cardenal Mastai Ferreti para sentarse en la silla de Pedro. En ambas elecciones ha habido algo de providencial.

Las cualidades que recomiendan y adornan á Su Santidad Leon XIII, son muy notables. Ha sido siempre de conducta intachable, llena de virtudes y de acciones generosas: es muy piadoso, y todos sus actos religiosos tienen el sello de la sinceridad y de la conviccion más profunda. En su vida privada, cautiva por sus prendas personales: es sencillo, afectuoso, de finas y delicadas maneras y de afabilísimo trato: de alta estatura y delgado, de voz clara y sonora cuando habla en público, y de miradas benévolas y amables.

En cuanto á sus dotes para el gobierno de la Iglesia, nada es posible decir aún; pero mucho debemos esperar de su vastísima instruccion en negocios eclesiásticos, de su prudencia, prevision y moderadas ideas. Y en todo caso, el nuevo Pontífice tiene delante de sí la historia

de Pío IX: la vida de éste será un ejemplo para él; su recuerdo le animará en el combate, y ayudado de Dios podrá preparar para la Iglesia nuevos días de prosperidad y de gloria, nuevas y repetidas victorias.

Esto se escribía hace trece años;—y las esperanzas de que se hablaba en las últimas líneas del artículo anterior, se han realizado de una manera tan maravillosa como perfecta.

El Sr. Leon XIII ha gobernado y gobierna la Iglesia con admirable acierto, tacto y previsión; sus Encíclicas, escritas en muy culto y elevado estilo, forman un monumento de sabiduría y de doctrina, que será el pasmo de las generaciones venideras, como lo ha sido de la actual; y en cuanto al papel que ha hecho desempeñar á la Iglesia Católica en el mundo, todos vemos que ha sido brillante y magnífico. El Pontificado goza hoy de gran prestigio, áun entre los pueblos y gobiernos que nada tienen de ortodoxos.

¡Sea todo para mayor gloria de Dios y de su Iglesia!



FIN DE AÑO.

SIEMPRE, en el mes de Enero, la frase —*año nuevo, vida nueva*— es repetida por todos. La pronuncia el opulento millonario, cuya vida ha trascurrido en medio de la ociosidad y el regalo, sin aliviar la pobreza ni favorecer al indigente; la pronuncia él político audaz, que sólo ha pensado en explotar en su provecho los intereses de la sociedad; la pronuncian los vagos y desocupados, formándose el propósito de llamar ya á las puertas del trabajo; la pronuncian, por último, el adolescente voluble en sus amores, el estudiante desaplicado, el periodista que quiere escribir obedeciendo las inspiraciones de la verdad y de su conciencia. Y sin embargo, pasados los primeros días del año, el avaro comerciante seguirá acumulando tesoros; los hombres públicos sacrificando á la nación, los que aborrecen el trabajo importunando á sus amigos, y el galán imberbe buscando amores nuevos, tan insípidos como él. El estudiante perezoso volverá á faltar á cátedra, y el pe-

riodista sin conciencia á escribir conforme á lo que le dicte quien más le pague. ¡Siempre el *auri sacra fames* del poeta latino!

Nadie cambia, pues, de vida, aunque venga un año nuevo. La viuda infeliz lo haría con gusto, siempre que el congreso decretara en su favor la pensión que ha solicitado, alegando los méritos de *su difunto*. La coqueta insustancial, arrepentida ya, desearía también que hubiese álguien que creyese en sus palabras; y los pobres, condenados á gemir siempre en medio de sus miserias, á llorar en la soledad, á trabajar para comer un pan quizá amargado por las lágrimas, querrían de buena gana que en ellos sí fuese una verdad la frase: *año nuevo, vida nueva*.

Entre tanto, al acabar un año y empezar otro, todos, pobres y ricos, ignorantes é ilustrados, jóvenes y viejos, se detendrán un momento á reflexionar, y dirán con Horacio:

Eheu! fugaces....

Labuntur anni....

¡Un año más! ¿Qué es un año en el hondo abismo de la eternidad? Instante cuya duración no puede apreciarse, gota de agua perdida en el océano, ráfaga de luz confundida en el espacio con los resplandores del sol de medio día. Y sin embargo, en ese punto imperceptible del tiempo, ¡cuántos cambios, cuántos dolores, cuántos sucesos en la vida del hombre! ¡Cuántos misterios se han abierto á nuestros ojos! ¡cuántas ilusiones muertas, cuántos desengaños reci-

bidos, cuántas tristezas ignoradas, cuántos dolores sin consuelo y sin remedio!... Acaso la casta niña que era el ídolo de nuestro corazón faltó á sus promesas y á su fé, destruyendo así amados y rosados ensueños; acaso el predilecto amigo huyó de nuestro lado para siempre, dejando hiel en nuestro pecho; acaso perdimos consoladoras creencias, ó se debilitaron nuestras esperanzas, ó cambiaron nuestros sentimientos. Tal vez el amor descendió á nuestra alma, inundándola de luz y abriéndole nuevos horizontes; tal vez se disiparon nuestras dudas, ó adquirimos fuerzas para luchar en la vida, ó gustamos en breve instante algunas gotas de esa miel purísima que se llama felicidad doméstica. ¡Quién sabe!... Acaso una tumba se abrió para recibir á un sér querido, acaso un ángel bajó del cielo para derramar en el hogar íntimas alegrías y santas esperanzas....

¿Quién podrá recorrer la historia de un año de su vida sin estremecerse y meditar?

—Yo no he hecho lo que debía—se dice uno en el silencio de su conciencia.—Yo falté á mis promesas; me propuse ser bueno, honrado, amable, indulgente; y una série de inconsecuencias y de faltas se extiende ante mis ojos acusándome.

—Yo no trabajé como era mi deber, ni estuve atento al bien de mi familia, ni correspondí con mis afanes á las esperanzas que tantos séres tenían cifradas en mí.

—Yo fuí un criminal destrozando el corazón de aquella niña candorosa y pura á quien engañé por tanto tiempo fingiéndole un amor que no sentía.

—Yo me desprendí de mis obligaciones de esposo y de padre, primero por una injustificable indolencia, y despues, porque ciego seguí el camino que me señalaron perversas amistades.

—Yo abusé de la buena fé de mis clientes y amigos, para que todo redundara en bien y provecho mío.

—Yo no impedí, como pude haberlo hecho, el mal que H*** hizo á aquella virtuosa viuda, cargada de familia, despojándola de lo que pertenecía á sus hijos.

—Yo he sido un egoísta, un mal amigo, un hipócrita, un infame, que hoy debería recibir severísimo castigo, aparte de los crueles remordimientos que me destrozán las entrañas.

¿Quién, al pensar en su pasado, no podrá decir esto y mucho más?—No hay duda: el consejo que Pitágoras daba á sus discípulos era excelente. Si hoy, los hijos del siglo XIX lo practicáramos, al ver la diferencia entre lo que debemos hacer y lo que hacemos, seríamos quizá más estrictos en el cumplimiento de nuestras obligaciones y nuestros deberes.



LOS

ESTUDIANTES EN VACACIONES.

I

CONCLUIDAS las vacaciones, vuelven durante el mes de Enero los estudiantes á sus tareas habituales.—Dejaron las aulas fatigados del estudio, y ahora vuelven á ellas alegres y animosos, con el recuerdo de felices días vivo aún, con el espíritu sereno y descansado, frescas la inteligencia y la imaginacion. Traen el propósito de redoblar sus afanes y sus labores, para obtener nuevos triunfos y mejores lauros que el año anterior.

Los estudiantes que tienen á sus familias en México, ignoran por completo el rico y sabroso sabor de esos dos meses de ociosidad. Pasan la vida como todo el año, sin más cambio que levantarse tarde, y sin más distracciones nuevas que leer libros amenos, instalarse en las calles de Plateros ó seguir á las mujeres bonitas. No así los estudiantes de fuera: para ellos sí tiene atractivo el fin del año escolar; para